

LA VEJEZ EN LOS ORIGENES DE LA CULTURA OCCIDENTAL

Resumen:

Sólo el ser humano tiene un mundo y está en el mundo, de ahí la necesidad de contemplar la información que nos han dejado las culturas en diferentes épocas. Lo que la naturaleza es a las cosas, la historia, res gestae, es al hombre. El lenguaje es el hecho que separa la naturaleza de la cultura. Donde comienza la aventura humana. La oralidad es la primera página con que comienza la crónica de la humanidad. El anciano sabio. La escritura como memoria modifica todo el proceso de transmisión de la información. El paso del mito al logos desplaza a la vejez de su situación privilegiada. Platón: la vejez es una etapa más de la vida con sus propios placeres y necesaria para la sociedad. Aristóteles: la vejez, como momento de la decrepitud física, no debe ocupar ningún lugar privilegiado en la sociedad.

1.-Transmisión oral, transmisión escrita.

La férrea disciplina con que las leyes físicas mantienen la uniformidad del mundo inorgánico quedó rota el día en que una determinada combinación química inició el proceso de lo orgánico, la vida. Esta revolución, incrustada en la totalidad del cosmos, no tuvo, ni tiene la más mínima importancia; su aparición o desaparición en poco puede perturbar la totalidad de la realidad inorgánica. No obstante, la ruptura no fue total, pues las leyes de la vida, las leyes biológicas, siguieron teniendo un cierto grado de disciplina. La verdadera revolución comenzó cuando una de las muchas cabriolas que el proceso ha generado dio lugar al *homo sapiens sapiens*. La naturaleza, ahora, dejó en sus manos la parte más importante del desarrollo del proyecto. El resto de las diferentes manifestaciones de la vida cumple, con envidiable tozudez, el programa genético transmitido de generación en generación. Sin embargo, la aventura del género humano comienza con la desorientación, dado que el proceso de satisfacción-

orientación de sus necesidades no está pautado en su totalidad ni genética ni instintivamente. Su *modus operandi*, su manera de habérselas con las cosas, la lleva a cabo por medio del conocimiento. El resultado es la cultura.

El hombre es un animal escrutador, tensión que se traduce en cuestionarse todo lo que le pasa, en buscar razones, respuestas a lo que le rodea. No estamos fijados específicamente, necesitamos reconocernos. Sólo el ser humano tiene un mundo y está en el mundo, de ahí la necesidad de contemplar la información que sobre nosotros han ido dejando las diferentes culturas en sus diferentes épocas.

Si todos los seres vivos tienen pautadas sus conductas, tanto con respecto al medio, su nicho ecológico, como con respecto a sus congéneres, eso quiere decir que la norma conductual se repite en todos y cada uno de sus miembros. Su pasado siempre es el mismo y su futuro es un *por-venir*. Es cierto, pero no olvidemos que son leyes biológicas, no físicas, que tienen, por consiguiente, una orientación interna, genética, flexible y al servicio de la vida. Darwin desmontó el fijismo creacionista mantenido durante siglos: la vida ha llegado hasta nuestros días por su capacidad para evolucionar, y para adaptarse. “Recapitulo ahora los hechos y consideraciones que me han convencido por completo de que las especies se han modificado, durante un largo proceso de descendencia. Esto se ha realizado principalmente por la selección natural de numerosas variaciones sucesivas, ligeras y favorables, auxiliada de modo importante por los efectos hereditarios del uso y desuso de las partes, y de un modo accesorio –es decir, en relación a las conformaciones de adaptación, pasadas o presentes- por la acción directa de las condiciones externas y por variaciones que, en nuestra ignorancia, nos parece que surgen espontáneamente.” (Charles Darwin, *El origen de las especies*). Un trozo de arcilla es siempre y ontológicamente arcilla. No tiene individualidad, sólo lo hemos separado de un conjunto más amplio de arcilla, de un terreno arcilloso. Un cerezo, una rosa, un delfín, una gacela, no son trozos, son individuos que, aunque pertenecientes a una especie, tienen identidad ontológica. Son seres vivos que han necesitado recibir una determinada información biológica para llegar a ser lo que son y para comportarse como se comportan. Transmisión genética y experiencial por medio de sus progenitores. Cultivar, domesticar, adiestrar y modificar han sido posibles porque hemos llegado a conocer esos procesos.

La conducta de los individuos de la especie *homo sapiens* no tiene ni la fijeza y ni la universalidad de las leyes físicas, ni la, digamos, disciplina de las leyes biológicas. El resto de los animales no tiene “historia”. Sólo al hombre le es dado manejar su existencia, sólo el hombre tiene ante sí un vacío, sólo el hombre tiene que construir sus pautas conductuales. Su vida no transcurre específicamente, es obra de cada individuo. El hombre es un ser histórico, lo que significa que tiene una relación esencial, reflexiva

con el pasado y que tiene conciencia de poder, y necesitar, intervenir en su futuro: “lo que la naturaleza es a las cosas, es la historia –como *res gestae*- al hombre”.

María Zambrano afirmaba en 1988, “que sentir y saber que nuestra vida, aún en su trayectoria más personal, está abierta a los demás, no importa que sean más próximos o no; quiere decir saber vivir en un medio donde cada acontecer tiene una repercusión, no por ininteligible menos cierta; quiere decir que la vida es ella también en todos sus estratos sistema. Que formamos parte de un sistema llamado género humano, por lo pronto.” (María Zambrano, *Persona y sociedad*). Y antes Maurice Merleau Ponty, 1945, “Todo cuanto se del mundo, incluso lo sabido por la ciencia, lo sé a partir de una visión del mundo o de una experiencia del mundo sin la cual nada significarían los símbolos de la ciencia. Todo el universo de la ciencia está construido sobre el mundo vivido y si queremos pensar rigurosamente la ciencia, apreciar exactamente su sentido y alcance, tendremos, primero, que despertar esta experiencia del mundo del que éste es la expresión.” (Maurice Merleau-Ponty, *Phénoménologie de la perceptio*.)

En resumen, el hombre es el único animal que no descansa en sí mismo, que no está contento con su lugar. Su libertad le empuja a ello; no es algo dado, tiene que elegirse, y esta dimensión histórica, que siempre se da en el mundo, es la que hace de él un ser cultural. Son, precisamente, las grandes creaciones culturales las que nos orientan a captar el verdadero sentido de las cosas. Y todo ello es posible porque es el lenguaje el que nos abre al juego, a la relación con lo posible, a la invención, a la creación, a la liberación del presente. Quizás sea el lenguaje el hecho cultural por excelencia, la línea que separa la naturaleza de la cultura, el punto de partida de toda la aventura cultural.

Todas las culturas han tenido el mismo proceso creativo: la necesaria conservación y transmisión de la información siempre se hace por medio del lenguaje y este lenguaje es, en un primer momento, oral, y luego escrito. El resto de las especies recuerdan lo que necesitan, no se cuentan historias. *El homo sapiens*, no. Necesita, como venimos afirmando, acumular y transmitir información. El disco duro de la humanidad se crea en la memoria por medio de la oralidad y la escritura. La *poiética* cultural procede de un saber colectivo que se transmite, en un primer momento, por la boca y el oído; historias contadas y oídas que se van modificando de generación en generación. Estos relatos no se crearon ni para ser leídos, obviamente, ni para ser recitados, sino para ser repetidos ante distintos públicos. Es la memoria oral, la memoria hablada, la que va formando la memoria social, que no cesa de modificar lo que dice y vuelve a decir. No se puede confundir con la posterior memoria mnemotécnica. “Esta memoria social hay que entenderla como la actividad mnemónica no especializada que asegura la reproducción de los

comportamientos de la especie humana y que encuentra sus medios para transmitir el conjunto del saber sobre todo en las gestiones técnicas y de las palabras del lenguaje. Memoria constitutiva de la tradición y biológicamente indispensable a la especie humana para lo que desempeña el mismo papel que el condicionamiento genético en las especies de los insectos.” (Marcel Detienne, *L'invention de la mythologie*.1981)

La oralidad es, pues, la primera página con la que comienza la crónica de la humanidad. Y, como decía Joseph Campbell, su larga experiencia le había demostrado que esa oralidad primigenia mantiene una unidad temática: que “la unidad de la raza humana no sólo es biológica, sino también espiritual.” (Joseph Campbell, *The Masks of Good: Oriental Mythology*. (1962), *Nihoshoki* (720.a.C.), *Kojiki* (712.a.C) en Japón, *Dào Dè Jing (Tao Te Ching)* (400.a.C.) en China, *Mahabharata* (300.a.C.), *Ramaiana* (300.a.C.) y los *Bráhmans* (800.a.C.) en la India o el poema de los sumerios del 200.a.C de *Gilgamesh*, son otros tantos ejemplos de la oralidad acumulada y modificada hasta que fue fijada por la escritura. Estos textos escritos marcan la frontera entre la oralidad y la escritura.

En esta transmisión oral el anciano-sabio ocupa un lugar central. Ellos eran los que tenían, por experiencia, la información acumulada en su memoria. Los que podían unir el pasado con el futuro por medio del presente. El nexos necesario: para poder programar y enfrentarse al futuro, para indicar “lo que se debe hacer”. Eran “grupos de ancianos selectos, sabios”, no simplemente viejos. Aedos que repetían las historias y que, frecuentemente, son presentados como ciegos, en clara alusión a que eran portadores de la memoria oral. Esta elegía de Tirteo (s.VII.a.C)

*“Que empiecen mandando los reyes, a quienes honran los dioses
Y cuya tarea es cuidar de Esparta la amable
Y los viejos, nacidos primeros; después también mande
el pueblo, siguiendo a su vez con rectos dictados;
que sean hermosos los dichos y justos todos los hechos
y no se propongan a esa ciudad iniquidades;
y asistirán a la masa del pueblo la fuerza y el éxito.”*

nos recuerda que el anciano también es un referente social. Memoria, sabiduría, templanza, liberación de deseos, experiencia eran valoradas muy positivamente. Los “consejos de ancianos” recorren todas las culturas. Mandan los reyes, es cierto, pero los ancianos ejercen una labor de orientación para el pueblo y de justificación para el poder.

La ancianidad, en la larga etapa de la transmisión oral, es la garante de la memoria colectiva y, al mismo tiempo, la edad desde la que se decide el contacto con la trascendencia. A esa edad, el espíritu, liberado de las ataduras de la

naturaleza, está más presto, mejor preparado, y más cerca del final-principio, del tránsito de ésta a la otra vida, para escuchar mejor a los dioses. Los profetas, los que saben de dónde venimos y a donde vamos, los creadores de religiones – religare, volver a unir lo que se separó-, siempre alcanzan el cenit de su sabiduría y capacidad de comunicación con la trascendencia en la senectud. Los venerables siempre son ancianos. Nos dice Platón, citando a Píndaro, que *“aquel que ha pasado la vida justa y piadosamente*

*lo acompaña, alimentando su corazón
una buena esperanza, nodriza de la vejez
la cual mejor guía
el versátil juicio de los mortales.”*

(Platón, *República*. 331a)

2.-La vejez en la cultura griega.

a) Lírica épica y tragedia.

La cultura occidental tiene su origen en la antigua Grecia. Es ahí donde la escritura como memoria modifica la transmisión de la información, paso de transmisión oral a la transmisión escrita. “Todo hace pensar que en el país de Homero no ha habido una revolución de la escritura, sino que el uso de los signos gráficos ha seguido una marcha lenta y desigual según los dominios de la actividad en que se utilizara. [...] El espacio gráfico favorece sin duda los comienzos de la interpretación entre diversas versiones de un mismo relato.” (M. Detienne, *opus cit.*)

En efecto, la frontera entre ambos sistemas no fue producto de ninguna revolución social, ni marca de inmediato un antes y un después. Pensemos, por un lado, que todo comenzó con tabletas, trozos de arcilla, papiros, pergaminos, frágiles papeles manuscritos y, por otro, que los dominadores de la escritura fueron durante siglos una muy exigua parte de la sociedad. Todas las obras inaugurales, toda la lírica arcaica e incluso todo el teatro clásico griegos eran recitados ante diferentes auditorios. Homero, Hesíodo Herodoto, Aristófanes, Esquilo, Píndaro, Tirteo, todos escribían para luego recitar sus textos. Es decir, son textos cuya primera transmisión fue oral. “Las instituciones se apoyaban en los mitos: se recurre a ellos para tomar decisiones; se interpretan los hechos de acuerdo con ellos. Los más viejos se los cuentan a los más jóvenes, y éstos se

inician en los saberes tradicionales de su pueblo mediante los grandes relatos de los dioses y los héroes fundadores. Las nodrizas les cuentan a los niños los fascinantes sucesos de un tiempo lejano y divino. Los abuelos y las abuelas recuentan a los pequeños lo que a ellos les contaron tiempo atrás sus propios abuelos. [...] Son los sabios de la tribu, los más versados en el arte de narrar, los profesionales de la memoria o la escritura, quienes están designados para tan ardua labor.” (Carlos García Gual, *Introducción a la mitología griega*.) El cambio radicó en que lo oído quedaba fijado en el medio en que se había leído, por lo que no se podía modificar y, lo que es más importante, podía ser contrastado con otros escritos y sometido a una valoración crítica. A pesar del carácter difuso de esta frontera, la realidad es que la transmisión escrita comienza ejercer una gran influencia, una verdadera soberanía, tanto en lo mental como en lo social.

El paso del mito al logos desplaza a la vejez del lugar privilegiado que había ocupado en las épocas de la transmisión oral. La máxima autoridad ya no reside en la ancianidad como garante de lo vivido, ya no hay que recordar quien contó la historia, ahora se trabaja, se discute, con información escrita. Los mismos dioses del Olimpo, comenzando por Zeus que describe la vejez con toda clase de enfermedades y dificultades, desplazan a los antiguos dioses ancianos sustituyéndolos por jóvenes y fuertes (Apolo, Palas Atenea). Aparece, también, la figura del héroe homérico, joven, fuerte, gran guerrero y muy alejado de la ancianidad (Héctor, Aquiles, Ayax). Los dioses no dejaban que sus héroes amados llegaran a la edad del deterioro físico, se los solían llevar en plena juventud.

Homero, tanto en la *Ilíada* como en la *Odisea*, valora de forma negativa, e incluso con un indisimulado rechazo, la ancianidad. Pero también encontramos una valoración positiva de los “consejos de ancianos”, heredada de la etapa anterior, aunque eso sí sólo con funciones consultivas, y, al mismo tiempo, una exaltación de viejos héroes, héroes que llevaron a cabo importantes epopeyas y han llegado a esa edad conservando su memoria y su dignidad (Néstor, Mentor). El resto de los ancianos que aparecen en estos textos los encontramos mendigando, vagabundeando, en estados lastimosos (Laertes). La única excepción en toda Ática se da en la ciudad de Esparta, donde se mantiene el valor de la ancianidad ligado a la transmisión oral. La *gerusia*, compuesta por 28 espartanos elegidos, de forma vitalicia, entre los mayores de sesenta años, tiene funciones importantísimas a la hora de gobernar; entre otras, la capacidad de decidir qué niños deben o no sobrevivir, poder sobre la vida. Era una auténtica gerontocracia.

La tragedia está estrechamente ligada a la *polis*, se nutre de ella, está a su servicio y, tanto tragedia como comedia reflejan esa nueva realidad social. No sirven a los reyes ni a los dioses, sirven a los hombres concretos y plantean sus problemas y tensiones. “La tragedia no sólo confiere a los viejos mitos una

sorprendente representación corpórea, también los enfoca de nuevo en situaciones de crisis. En contraste con la relajada y expansiva narración de la épica oral, la tragedia selecciona episodios individuales de crisis y concentra la suerte de una casa o ciudad en una acción unificada con todo rigor, que se extiende dentro de un espacio y un tiempo limitados.” (Jean-Pierre Vernant, *El hombre griego*, 1991). Y aunque no acaba de romper del todo con la tradición oral, sus temas son bastante diferentes.

En una polis dinámica, democrática, al servicio de los ciudadanos, donde los héroes se enfrentan a los dioses, con una economía fluida, la vejez ya no es necesaria. La tragedia refleja esa situación, la vejez es mala y es frecuente verla ridiculizada, por ejemplo en las comedias de Aristófanes. Es el momento de la decrepitud, de las necesidades que el individuo solo no puede solventar, de la proximidad a la muerte. Esto es cierto como experiencia social, pero no se da una ruptura total. También los jóvenes tienen enfrentamientos con los viejos en los que no siempre salen ganando, Antígona discutiendo con Creonte. Ahí siguen resonando parte de las virtudes atribuidas -sabiduría, ecuanimidad, dignidad- a la ancianidad y su posible aprovechamiento por la sociedad. La distancia con los mitos, la capacidad crítica sobre la información, posibilidades que ofrece la escritura, serán ejercidas de modo definitivo por la filosofía, por el pensamiento abstracto.

b) Vejez y filosofía.

Sócrates, Platón, Aristóteles –ss. V y IV a.c.- son los máximos representantes del pensamiento abstracto, la filosofía, en Grecia. Los tres llevan a cabo su actividad –decimos ‘actividad’ porque su filosofía fue, en un primer momento, hablada, ‘dialogada’, y luego escrita- en Atenas, la polis que en esa época alcanzó su mayor esplendor democrático y cultural.

El pensamiento abstracto, la reflexión filosófica, ya no es deudor del pasado, ni del mundo mítico ni del heroico. Es un pensamiento que se guía por el logos, por la razón, un pensamiento, por consiguiente, libre. Qué seamos, qué debemos hacer, qué sea la realidad, qué sean las leyes, de dónde emanan los principios morales, los éticos, son, ahora, preguntas a contestar sin ningún recurso a trascendencias recibidas o creadas, sin más apoyos que la fundamentación razonada, lógica, contrastada con otras, de las soluciones. Es decir, respuestas racionales a las diferentes preguntas sobre la realidad.

El por qué y el valor de las leyes, la autonomía del ciudadano, sus derechos y deberes en la polis, son reflexiones que están al servicio de la que se piensa debe

ser la meta: una organización social para que el individuo alcance su bienestar. Orientada así la actividad reflexiva, es normal el encontrar diversas respuestas a las mismas preguntas. En este marco, la vejez ni puede ni tiene un papel preponderante. Privada de la autoridad y sabiduría que le eran propias en la antigüedad ahora hay que justificar tanto su valor como su función en la sociedad, en la polis. En la filosofía clásica griega, la vejez no es un tema central.

La *República* de Platón comienza con el relato, por parte de Sócrates, de un paseo por el Pireo, puerto de Atenas, de un grupo de amigos. Polemarco, hijo de Céfalo, trata de convencerlos, cuando ya volvían a Atenas, de que se quedaran en casa de su padre para contemplar una competición de jinetes con antorchas y, posteriormente, un festival nocturno. Sócrates y sus amigos acceden y se dirigen a casa de Céfalo, “quien me pareció muy avejentado, pues hacía mucho tiempo que no lo veía”, nos dice el maestro. Sentados en círculo comienzan a dialogar, pero, fijémonos, la iniciación del diálogo no es temática. Simplemente Céfalo es viejo: “Oh Sócrates, no es frecuente que bajas al Pireo a vernos. No obstante, tendría que ser frecuente. Porque si yo tuviera aún fuerzas para caminar con facilidad hacia la ciudad, no sería necesario que vinieras hasta aquí, sino que nosotros iríamos a tu casa. Pero ahora eres tú quien debe venir aquí con mayor asiduidad. Y es bueno que sepas que, cuanto más se esfuman para mí los placeres del cuerpo, tanto más crecen los deseos y placeres que hace a la conversación.” (Platón, *República*. 238d)

En primer lugar, Céfalo –Platón- afirma dos características de la vejez -de antes y de ahora-, lo que sucede cuando se llega a esa edad: la debilidad física y la ausencia de los placeres del cuerpo, pero y, al mismo tiempo, el aumento de otros deseos, como el placer de conversar con “viejos amigos”. Después de esta presentación, Sócrates, que es joven, le pregunta por la vejez: “Y en particular me agradecería conocer qué te parece a ti –dado que te hayas en tal edad- lo que los poetas llaman ‘umbral de la vejez’: si lo declaras como la parte penosa de la vida, o de qué otro modo.” (Ibídem. 328a) No hay ninguna idea preconcebida sobre la vejez, más allá de su alusión a la *Ilíada*, “lo que los poetas llaman ‘umbral de la vejez’ ” que ambos debían conocer. Y así comienza el corto diálogo de valoración de la vejez.

En segundo lugar, Céfalo le va contando a Sócrates lo que a él le pasa; cómo él y los viejos como él viven la vejez en Atenas. La proposición no puede ser más limpia: ciudadanos que hablan de lo que sucede en esa etapa de la vida y cómo debe afrontarse. Recuerdan, lamentándose, los placeres disfrutados en la juventud, las borracheras, los festines, lo bien que vivían, por lo que, comparada aquella etapa con la vejez, “ahora ni siquiera les parece que viven” También se quejan del “irrespetuoso trato de sus familiares” y afirman que la vejez es la causa de esos males. Pero, si así fuese, afirma Céfalo, que la vejez es la causa única, a todos les

pasaría lo mismo al llegar a la vejez'. Y no es así siempre, ya que a Céfalo no le pasa. Para Platón, la vejez es la etapa de la vida donde dejan de ser posibles unas cosas y otras adquieren más importancia. A la vejez podemos llegar todos los humanos, pero no todos los que llegan la viven de la misma manera. Dicho de otra manera, la vejez no es la causa de que a esa edad "ni siquiera les parece que viven".

En tercer lugar, Céfalo, para seguir aclarando lo que piensa, cita la respuesta que su amigo Sófocles dio a una, posiblemente, impertinente pregunta: "¿Cómo eres, Sófocles, en relación con los placeres sexuales? ¿Eres capaz aún de acostarte con una mujer?" Y él respondió: "Cuida tu lenguaje, hombre, me he liberado de un amo loco y salvaje." (Ibídem. 329c). La ausencia de dependencias propias de otras etapas de la vida, el sexo en este caso, no tiene por qué producir penas y desasosiego, dado que, "cuando los apetitos cesan en su vehemencia y aflojan su tensión, se realiza por completo lo que dice Sófocles: nos desembarazamos de amos enloquecidos" (Ibídem. 329d) Eso por un lado y, por otro, tampoco el trato negativo de la vejez por parte de los familiares tiene a ésta como causa. No es la vejez la causa directa y única de tales males, "sino el carácter de los hombres"; tanto la vejez como la juventud pueden resultar difíciles, concluye Céfalo.

Y, por último, la relación de la vejez con el tener un buen acomodo económico, "pues para los ricos, se dice, existen muchos modos de consolarse". Céfalo es contundente recordando, ahora, la contestación de Temístocles a un serifo: " 'Ni yo me haría famoso si fuera de Sérifo, ni tú aunque fueras de Atenas' que, aplicado a la vejez sería: ni el hombre razonable soportaría con mucha facilidad una vejez en la pobreza, ni el insensato se volvería a esa edad tolerante por ser rico." (330a). No, la riqueza no es la solución para todos los problemas de la vejez. El dinero, como en el caso de los placeres de la juventud, adquiere su verdadero valor sólo en las cartas de navegación que conducen a la felicidad del individuo. "Es en este respecto que considero de mucho valor la posesión de las riquezas, no para cualquier hombre, sino para el sensato." (Ibídem. 331a)

Los placeres del cuerpo fuera de sus posibilidades, el número de amigos, por razones obvias, disminuido y parte de la familia ya desperdigada, a la vejez aún le queda el poder disfrutar de la conversación, de la curiosidad, del poder alcanzar la ataraxia del espíritu. Más que investigar sobre lo abstracto, a Platón le importa contar sobre lo vivido, sobre lo real. No discute el valor de las ideas, describe lo que suele pasar en la vejez y cómo poder alcanzar la mejor forma de sobrellevarla y aprovecharla.

La visión global, pues, que Platón tiene sobre la vejez es positiva. La vejez no es algo sobrevenido de forma súbita; se llega a ella después de la juventud y de la

madurez. Se llega a ella, los que la alcanzan, porque se tiene que llegar, es algo esperado. Y, al igual que sucede con las etapas anteriores, es bueno prepararse para un mejor vivirla, para mejor entender y disfrutar de los placeres que le son propios. Aunque es cierto que es una visión que sólo afecta a los viejos como sujetos individuales, no menos lo es el que Platón también considera que en la ancianidad se dan las condiciones, sabiduría y templanza, para poder ser legisladores, e incluso para gobernar: “AT. Me parece que en general al régimen de aquel tiempo se le da el nombre de señorío, el que aún existe en muchos sitios entre los griegos y entre los bárbaros; también Homero encuentra que éste se había dado en la vida de los Cíclopes.” (Platón, *Leyes*. III 680b), y pocas líneas después: “AT. De ese modo, cada cual modelando conforme a sus predilecciones a sus hijos y a los hijos de sus hijos, vendrían, como decimos, con sus leyes particulares a aquella mayor comunidad. [...] AT. A este título sigue el de los nobles para mandar sobre los que no lo son; y aún les sigue a ambos como tercero aquel por el que corresponde gobernar a los ancianos y obedecer a los jóvenes.” (Ibídem. III, 681b y 690^a)

En el caso de Aristóteles es preciso, para mejor entender sus ideas sobre la vejez, tener en cuenta de dónde vienen. Aristóteles, en todos sus tratados sobre la realidad, tanto en la inerte –física- como en la orgánica –biología y zoología-, se impone una rigurosa metodología observacional y, en la medida de sus posibilidades, experimental, negándose a admitir todo aquello que no pueda ser comprobado. Claro rechazo del idealismo dualista platónico. Es un verdadero naturalista: la realidad biológica no necesita recurrir a ninguna causa externa para su explicación, todo ser natural es un compuesto de materia y forma, hilemorfismo. “En conjunto, este tratado, aun siendo tan notables sus ingenuidades y errores, no deja de impresionarnos y de cautivarnos por la precisión que muestra Aristóteles en algunas de sus observaciones – pese a lo rudimentario de sus instrumentos- y, asimismo por la forma en que todos se integran en una gran explicación sencilla y económica, pero, a un tiempo, coherente y bien construida.” (Aristóteles. *Acercas de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural*. P. 170)

Es en los *Tratados* es donde encontramos las explicaciones biológicas de la vejez: “La causa de todos estos hechos –causas de la vejez- podría buscarse ahí: debe suponerse, en efecto, que el animal es por naturaleza húmedo y caliente, y la vida, otro tanto, mientras que la vejez es seca y fría, como lo muerto. Ahí se manifiesta, en efecto. La materia corporal de los animales consiste en eso: lo caliente, lo frío, lo seco y lo húmedo. Es necesario, pues, que lo que está envejeciendo se esté secando.” (Ibídem. V. 466a20). Y añadiendo, casi al final: “Así

pues, el nacimiento es la primera participación en el alma nutritiva, que tiene lugar en el calor, y la vida, la perduración de ésta. La juventud es el crecimiento del principal órgano refrigerador, y la vejez, su consunción. La madurez es el estado intermedio entre ambos. [...] La muerte natural es la consunción del calor que sobreviene por un largo espacio de tiempo y por el término de la vida. En las plantas se llama “marchitamiento”, en los animales, “muerte”. La muerte, en la vejez, es la consunción del calor por la incapacidad del órgano para refrigerar debido a la propia vejez.” (Ibídem. XXIV. 479b30)

Y en la *Ética a Nicómaco* donde expone el valor de la amistad, virtud fundamental para la salud de la polis, en la vejez. “Tampoco lo útil permanece idéntico, sino que unas veces es una cosa, y otras, otra; y así, cuando la causa de la amistad se rompe, se disuelve también la amistad, ya que ésta existe en relación con la causa. Esta clase de amistad parece darse, sobre todo, en los viejos (pues los hombres a esta edad tienden a perseguir no lo agradable, sino lo beneficioso), y en los que está en el vigor de la edad, y en los jóvenes que buscan su conveniencia. Tales amigos no suelen convivir mucho tiempo, pues a veces ni siquiera son agradables los unos con los otros, si no obtienen beneficio recíproco; pues son agradables en tanto en cuanto tienen esperanzas de seguir bien.” (Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. VIII, 1156a30) Y, poco después concluye: “Ni los viejos ni las personas de carácter agrio parecen dispuestas a ser amigos, porque poco placer puede encontrarse en ellos, y nadie puede pasar mucho tiempo con una persona molesta o no agradable, pues evidente que la naturaleza evita, sobre todo, lo molesto y aspira a lo agradable.”(Ibídem. VIII, 1156b15)

Aristóteles escribió la *Retórica* ya en el período de madurez, después de sus escritos sobre física y ciencias naturales, partir del 335 a.c. y en su segunda estancia en Atenas. La ciudad, ante sus ojos, había cambiado y era necesario implantar una nueva paideia, una nueva educación del ciudadano, idea central de una paideia filosófica, de una filosofía práctica. En el Libro II, *Sobre los caracteres en relación con la edad*, es donde encontramos los apartados sobre la juventud, la vejez y la edad madura. Curiosamente en este mismo orden, cuando la relación cronológica parecería apuntar a otra organización: juventud, edad madura, vejez.

Es en *La Vejez* donde encontramos la que consideramos su visión global: “En efecto: por haber vivido muchos años ya, por haber sido engañados en la mayor parte de las ocasiones y haber cometido errores, y también porque la mayoría de sus cosas carecen de valor, en nada ponen seguridad y a todo prestan menos empeños de lo que deben. Creen, mas nada saben de cierto; cuando discuten añaden siempre: “posiblemente” y “tal vez”, y todo lo afirman así y nada en firme.

Son también de mal carácter, ya que el mal carácter consiste en suponer en todo lo peor.” (Aristóteles. *Retórica*. II. 13, 1389b15) Son, también, de espíritu pequeño, mezquinos, “cobardes y propensos a sentir miedo de todo, por cuanto se hallan en el estado contrario a los jóvenes: ellos, en efecto, fríos en vez de calientes, de manera que la vejez prepara el camino a la cobardía, dado que el miedo es una suerte de enfriamiento.” (Ibídem. II. 13, 1389b30)

Es la teoría hipocrática, que acabamos de ver mantiene en los *Tratados*, sobre la oposición que se da entre la naturaleza caliente de los jóvenes y la fría de los viejos, en la que se funda Aristóteles para relacionar los caracteres propios de ambas etapas de la vida. Desde su perspectiva físico-médica, es una descripción típicamente naturalista. También viven más para sí mismos que para lo bello como absoluto, y “más para el recuerdo que para la esperanza, pues es poco lo que les queda de vida y, en cambio, mucho lo vivido y, por su parte, la esperanza reside en el futuro, mientras que el recuerdo se asienta en el pasado.”(II. 13, 1390a5)

No tienen deseos pasionales, pero, en cambio, sí tienen intereses, “y ésta es la razón de que los que tienen tal edad parezcan moderados, porque sus deseos pasionales han remitido y son esclavos del interés.” (Ibídem. II. 13,1390a10). Es, sin lugar a dudas, la lista más exhaustiva que se puede llegar a dar en la decrepitud física. Platón hablaba del anciano y Aristóteles habla de la vejez.

Pensemos que, para Aristóteles, la plena ciudadanía, el hombre como animal político, el *zoon politikon* de la *Política*, se define por su capacidad plena para desarrollar las virtudes necesarias para gobernar y poder ser gobernado. Pues bien, estas capacidades, como reiteradamente mantiene en la *Ética a Nicómaco*, sólo son propias de la juventud y, en mayor medida, de la edad madura. Niños y ancianos quedan excluidos al no poder tener esas virtudes en toda su plenitud. Por ejemplo, los ancianos por ser fríos, pequeños, mezquinos, y los niños por su incapacidad para distinguir correctamente, quedan excluidos de la verdadera amistad, capacidad fundamental para alcanzar la citada plena ciudadanía. “En cambio, hablando en general, cuanto de provecho se distribuye entre la juventud y la vejez, la edad madura lo posee reunido; y cuanto aquellos tienen de exceso o de carencia, lo tiene ésta en su justa medida. Por lo demás, el cuerpo está en la madurez de los treinta a los treinta y cinco años, y el alma llega a ella alrededor de los cuarenta y nueve.

Con lo cual, pues, queda ya tratado cuáles son cada uno de los caracteres que se refieren a la juventud, a la vejez y a la edad madura.” (Ibídem II. 14,1390b10)

-¿Dos posiciones contrapuestas sobre la vejez? o ¿dos posiciones complementarias sobre la vejez?

-¿Una afirmación de que la *vejez vivida* puede ofrecer placeres que le son propios y, al mismo tiempo, de la necesidad de prepararse para vivir y disfrutar esa etapa?
o ¿una descripción rigurosa de lo que se da en todos los seres vivos y con las características propias de la decrepitud del ser humano?

- ¿Una invitación al individuo como sujeto individual? o ¿una valoración social de la vejez?

Sea cual fuere la contestación por la que nos decantemos, hay algo que parece indiscutible: estas ideas de Platón y de Aristóteles sobre la vejez atraviesan toda la cultura occidental y siguen teniendo plena vigencia en nuestros días.

Dr. Agustín González
Catedrático Emérito Filosofía. UB
Barcelona, otoño 2013

Bibliografía:

Darwin, Charles. *El origen de las especies*. Barcelona, 2004 (1859)

Zambrano, María. *Persona y sociedad*. Madrid, 1968

Merleau-Ponty, Maurice. *Phénoménologie de la perceptio*. Paris, 1945

Detienne, Marcel. *La invención de la mitología*. Barcelona, 1985(1981)

García Gual, Carlos. *Introducción a la mitología griega*. Madrid, 1992

Campbell, Joseph. *Las máscaras de dios*. Madrid, 1991(1962)

Vernant, Jean-Pierre, *El hombre griego*. Madrid, 1993 (1991)

Platon. *República*. Madrid, 1996.

Leyes.

Aristóteles. *Acercas de la generación y la corrupción. Tratados breves de historia natural*. Madrid, 1997

Retórica, Madrid, 2000

Ética a Nicómaco, Madrid, 1998